

La huella de Kant

Sin duda, las huellas de Kant en el pensamiento occidental son prominentes. Resaltan notorias en los confines mismos de la razón. Pero este hombre, que para afrontar su colosal estudio sobre los límites nunca traspasó los aledaños de su ciudad, es menos conocido por sus observaciones sobre el perfil de la cordura. Sin embargo, en cierto momento de su vida, entre los años 1764 y 1766, bastante antes del inicio de la publicación de su obra crítica –1781–, se interrogó reiteradamente sobre la locura, entendiendo quizá que el conocimiento se componía no sólo de lógica sino también de sensatez. Bien pensado, un esfuerzo filosófico del vigor y la genialidad de Kant, tan preocupado por conocer las fronteras del pensamiento y los principios de la moral, no podía eludir una respuesta o una investigación sobre la locura del hombre, es decir, sobre su capacidad, morbosa o no, para conmovir y rebasar las normas de la ética y de la razón.

Incluso podríamos pensar que, en ese momento histórico en que la Psiquiatría estaba a punto de nacer como disciplina –Kant compartió parte del siglo con Pinel–, el talento kantiano habría sido de menor fuste si no hubiera afrontado el tema de la sinrazón. Pues, si nos guiamos por lo que sabemos ahora de aquel pasado y si realmente el genio se caracteriza por responder a las solicitudes de su época y anticiparse a las siguientes, Kant estaba obligado, en armonía con su presente, a preocuparse por objetivar, esto es, clasificar las perturbaciones mentales que alteran la razón y, a la vez, como precursor del futuro, a plantearse las relaciones que los bordes del pensamiento mantienen con la ética y la estética en el caso del hombre moderno, cada vez más individualizado y más comprometido en la batalla contra los prejuicios y en la lucha por la emancipación y la libertad.

En ese periodo que acabamos de acotar, entre 1764 y 1766, Kant publicó sobre estas cuestiones dos obras muy significativas. Una, la primera, bastante ignorada, que apareció anónimamente a lo largo del mes de febrero de 1764 en el *Diario erudito y político* de Königsberg, el *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza* –cuya traducción presentamos aquí al lector– y otra, publicada en 1776, mucho más conocida y a mi juicio inseparable de la anterior: *Los sueños de un visionario explicados por los sueños de la Metafísica*. Ambas representan los dos niveles de su preocupación por la locura, el de la objetivación científica y el de la precisión filosófica.

El mismo año que el *Ensayo*, Kant editó *Lo bello y lo sublime*, un texto de excepcional sencillez, donde en tono más psicológico que filosófico abordó los sentimientos de la virtud con singular cuidado pero sin centrarse aún del todo en los principios generales e incondicionados que más adelante atraerían su análisis del deber. Un escrito que revela con claridad el ánimo ilustrado del que entonces estaba imbuido nuestro autor, pues en él nos advierte desde las primeras páginas que se dispone a dirigir su mirada sobre los distintos puntos «más con el ojo de un observador que de un filósofo». Idéntico tono rige en el *Ensayo*, con que su lector debe de conocer esta perspectiva para enjuiciar el breve texto que ahora ponemos a su alcance. En cambio, quien quiera conocer la trascendencia filosófica de la locura debe acudir a *Los sueños*, donde la reflexión adquiere un tono más especulativo que observador, más metafísico que clasificador –aunque la metafísica sea definida por primera vez en esta obra como una *ciencia* de los límites de la razón humana–.

Los sueños de un visionario es un libro inquietante. Lo es porque en su análisis Kant acierta a transmitirnos la intranquilidad que le provoca la lectura de un famoso escritor del momento: el sueco Swedenborg. Resulta significativo que la actitud de Kant en este caso sea muy distinta a la de Descartes, pues este último excluye a la locura tan radicalmente de la razón que no figura ni entre sus engaños –asunto que destaca Foucault en su interpretación y que despertó su conocida polémica con Derrida–. Kant, al contrario, no puede ya zafarse de considerar la locura como un ingrediente y un exceso de la razón, por lo que se siente obligado a una respuesta mucho más ambigua pero no evasiva.

Swedenborg creía mantener una relación directa con el mundo de los espíritus y de la almas, de igual modo que no titubeaba en confesar que el propio Dios le revelaba mediante visiones un nuevo sentido de las Escrituras. Uno se pregunta, buscando una explicación coherente, el motivo para que una idea tan estrambótica –que aún hoy día cuenta con numerosos seguidores en Estados Unidos– pudiera suscitar el interés de Kant, quien llegó a confesar que «reconocía con cierta humillación que fue tan ingenuo como para indagar la verdad de algunas historias de este tipo». Sin embargo, trascendiendo algo ese pudor, da la impresión de que Kant se sintió atraído por dos circunstancias: una por el personaje y otra por el estudio de los recursos racionales con los que se pueden desbaratar esas *historias*, sospechando que habrían de ser muy semejantes a los que permitan reducir los excesos de la metafísica.

Sobre la inquietud que sentía por ese tipo de desequilibrados más o menos geniales, conocemos un antecedente en su vida ocurrido poco antes de escribir el *Ensayo*. Cuentan sus biógrafos, en especial Borowski, el interés que despertó en Kant la aparición en los alrededores de Königsberg –el 13 de enero de 1764– de un visionario medio loco que iba acompañado de un muchacho y de un rebaño de cabras. La elocuencia, las profecías y la prontitud mental del llamado «profeta de las cabras», inspiró un comentario de Kant en el mismo *Diario*, demostrando de este modo la misma simpatía que sintió por Swedenborg y quién sabe si no debemos a un atractivo idéntico parte de su admiración rousseauiana.

Al margen de este factor personal, que no debe de ser desdeñado, nos interesa resaltar la ambivalencia, ya meramente teórica, que respiran sus comentarios sobre Swedenborg. Pues, por una parte, no duda en calificar de visionarias las teorías del sueco, pero, por otra, no encuentra otra crítica en su contra que el hecho de carecer de datos de la experiencia, es decir, el mismo defecto que puede reprochar a cualquier teoría metafísica. De tal modo, viene a añadir, que sobre ellas «en el futuro quizá se pueda llegar a *opinar* de forma distinta, pero nunca a *saber* más al respecto». Igualmente, mientras reconoce que en las voluminosas obras del ínclito profeta no encuentra ni una gota de razón, «sin embargo, predomina en ellas una coincidencia prodigiosa con aquello que la más fina sutileza de la razón puede descubrir sobre este mismo asunto». Podemos imaginarnos a Kant, en su diario paseo por las orillas del Pregel, luchando por armonizar estos sentimientos tan contrarios, su deferencia y respeto por la *coincidencia prodigiosa*, es decir, por la razón de la locura, y su impresión de que esas fantasías sólo podían ser producto de alguna de esas enfermedades que un año antes él mismo había clasificado: «En modo alguno censuro al lector si en vez de considerar a los visionarios como medio ciudadanos del otro mundo los despacha rápida y definitivamente como sujetos a la enfermería y se dispensa de esta manera de toda ulterior investigación». Poco podía sospechar, probablemente, que esa

misma confrontación entre verdad de la locura y error de la enfermedad iba a continuar intrigando a filósofos y alienistas dos siglos más tarde.

En nuestro *Ensayo sobre las enfermedades*, por el contrario, no respiramos la misma inquietud. Pues en él, tras aludir, eso sí, en los primeros párrafos a los velos y a las apariencias que disfrazan la virtud, pronto se lanza al intento, puramente ilustrado, de clasificar las enfermedades de la cabeza, tratando de poner orden donde, en general, apunta, sólo reinan la arbitrariedad y el caos. No obstante, lo que nos sorprende en esa tarea es precisamente la «cabeza» del autor, pues si uno se esfuerza por no tropezar con sus términos que gozan allí de toda la frescura del lenguaje, sin la elaboración técnica con que ya contamos, ni compara su clasificación por simple analogía con las nuestras, cabe admirar la arquitectura lógica que emplea y la transparencia con la que recorre todo el imaginario que hoy poseemos sobre la psicopatología. Mas, tampoco sería necesario buscar otro valor intrínseco en la obra, salvo esa inteligencia e ingenua libertad que guían su observación.

Sin embargo, al acierto anterior cabría sumarle justamente el mérito de haber interrogado la locura, abriendo una vía interpretativa que ya no se puede escamotear en el estudio de la propia filosofía de Kant ni en la que le iba a suceder. A su secreta familiaridad con ese punto de vista cabe atribuir algún otro atisbo sobre los alienados que merece la pena subrayar. Uno pertenece al *Ensayo*, y consiste en esa opinión repentina y como desencajada del resto del discurso en la que, valiéndose de una cita de Swift, permanece inscrito en una corriente tradicional en el estudio de la melancolía. Me refiero al valor que concede a la escritura como regulador del loco, como «aseo del cerebro», según sus términos. Del mismo modo, supone también una grata sorpresa comprobar el respeto con que Kant trata al loco y la facilidad con que se pone en el lugar del otro –un hábito que exigía a sus discípulos como primer requisito para filosofar– en la segunda ocasión en que se ocupó específicamente de la locura, en concreto en un apartado de la *Antropología*. En este texto tardío, que culmina su obra, las enfermedades remiten al *alma* y no a la *cabeza*, aunque en ningún momento prescinde de apuntar una causalidad pasional de las enfermedades que alterna con otra física que, fiel al espíritu de la Ilustración ya no remite a la teoría de los humores, hasta entonces vigente, sino al soporte mecánico del pensamiento, a las «ideas materiales» de Descartes. Pues bien, en el breve espacio que dedica al tema, para intentar trazar un esquema general que ordene algo ese «abatimiento de la humanidad», Kant, cuando aborda las enfermedades que denomina *vesanias*, hace hincapié en otro aspecto regulador del loco, en el orden y la solución que supone la propia locura. Kant habla allí de «otra regla», de una «sinrazón positiva» que vincula casi a un intento subjetivo de curación: «Es, empero, admirable que las fuerzas del alma destrozada se coordinen, sin embargo, en un sistema, y la naturaleza tienda incluso en la sinrazón a introducir un principio que las una, a fin de que la facultad de pensar no permanezca ociosa, si bien no para llegar objetivamente al verdadero conocimiento de las cosas, al menos para atender de un modo meramente subjetivo a la vida animal».

El loco, viene a hacernos ver Kant, no puede prescindir del pensamiento, del que requiere como una necesidad vital. La misma necesidad de pensar, quizá, que debe animarnos a la lectura de este *Ensayo* superior para mantener al menos el sentido común, cuya pérdida, sostiene el filósofo, es «el único síntoma de locura realmente universal».